

metiéndole otra visita, y aún algunas monedas raras que debía tener, porque él tenía de todo un poco.

El director lo acompañó hasta la escalera á pesar de su resistencia, y hecha la última cortesía, se separaron.

El primero volvió á su despacho restregándose las manos, y diciendo:

—Es un buen hombre y muy instruido.

El segundo se lanzó á la calle pensativo y cabizbajo; sin duda no le habia salido la cuenta.

—Ese infeliz es tonto, dijo; no se apropia el artículo por miedo y se atribuye las correcciones por vanidad..... Una sola cuartilla de ese original sería la prueba incontestable..... pero si no consigo la prueba tendré la evidencia..... No es lo mismo; pero al fin es algo.

Dicho esto, empuñó su baston con aire decidido, y apretó el paso como impulsado por una prisa repentina.

Dejemos aquí por ahora al Sr. A. Gil y Agudo.

LEON  
TERRIA

"ALFONSO GIL"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO VI.

El almuerzo.

Ya sabemos por boca de Magdalena que la Marquesa y su hermano vivian en una misma casa, como ella dijo: juntos, pero separados.

Así era la verdad. Javier habitaba los entresuelos, donde tenía suntuosas habitaciones, independientes del resto de la casa, con la que se comunicaba, sin embargo, por medio de una escalera interior, por donde subia de su cuarto al comedor los días que comia con su hermana: formaban ambos una familia, y en rigor no eran más que dos vecinos, que no se molestaban en nada.

Llegó el coche hasta el pié de la escalera principal, y los dos amigos, esto es, Javier y su secretario, se apearon, subieron los pri-

meros escalones, por los que bajaba una rica alfombra, y entraron sin necesidad de llamar, porque ántes que acabáran de subir, la puerta se abrió de par en par, como que era el dueño de la casa el que entraba.

Dos criados habia en el recibimiento, con sus fracs negros y sus guantes de algodón, blancos como la nieve, rigurosamente afeitados, con el pelo corto y lustroso echado hácia atras, y partido en dos mitades iguales por medio de una raya perfectamente sacada. Parecia que acababan de salir de las manos de *Felipe*, que son las mejores manos de peluquero que yo conozco.

Al verlos Miguel experimentó cierto embarazo y cierta vergüenza, porque notó al punto que estaban mucho mejor peinados y mucho mejor vestidos que él, cosa que le hubiera sido indiferente en otra ocasion y en otro sitio; pero allí, y en el momento en que iba á ser el secretario..... más aún, el amigo íntimo del opulento dueño de la casa, no pudo observar semejante contraste con indiferencia, y reconoció inmediatamente la urgente necesidad en que se encontraba de

proporcionarse un buen sastre y un buen peluquero.

Entraron, pues, de la misma manera que los hemos visto salir de la redaccion de *El Oriente*; esto es, cogidos del brazo, ó más bien, Javier cogido á Miguel con tal familiaridad y confianza, que los criados se inclinaron más delante de Miguel que delante de Javier; más delante del nuevo amigo que se les entraba en la casa de aquel modo, que del mismo dueño de ella, y uno de ellos acudió á levantar el pesado *portier*, ó hablando en castellano, la pesada cortina que ocultaba una de las dos puertas que desde el recibimiento conducian á los salones y á las piezas interiores de la casa.

Javier no soltaba el brazo de Miguel, como si se hubiera propuesto no dejarlo escapar, y aunque parecia que era Miguel el que conducia á Javier, éste era el que en realidad dirigia al otro.

Así llegaron al gabinete en que el hermano de la Marquesa habia recibido dos horas ántes al insigne A. Gil y Agudo. Allí dejó Javier el brazo de Miguel, como se desata

al preso una vez puesto en la cárcel, y dejó su sombrero sobre un precioso velador de palo-santo que había debajo de las colgaduras de damasco de uno de los balcones. Entonces advirtió Miguel que aún tenía el suyo puesto, y se lo quitó inmediatamente, quedándose, pobrecillo, sin saber dónde colocarlo.

Javier observó esto, y le dijo con franca familiaridad:

— Deje V. su sombrero donde quiera, seguro de que lo encontrará donde lo deje..... porque está V. en su casa.

Miguel dejó el sombrero sobre uno de los sillones de terciopelo verde que decoraban la estancia, haciendo honor á la esplendidez del dueño, y replicó:

— ¡Bah!..... no se perdería mucho si no lo encontrara.

En verdad no se puede tomar esta salida por un dicho agudo; pero Miguel lo dijo con tal naturalidad que es excusable la risalisonjera con que Javier recibió las palabras de su secretario: estaba, por lo visto, decidido á que todo le cayera en gracia, y Mi-

guel se sentía ya encantado de aquel hombre tan ingenuo y tan espléndido, tan sencillo y tan opulento.

— Lo primero, exclamó el dueño de la casa, es almorzar, y para almorzar es preciso pedir formalmente el almuerzo; porque esos badulaques serán muy capaces de tenernos en ayunas hasta mañana si no nos tomamos el trabajo de pedirles el desayuno.

Y diciendo y haciendo, tiró de un cordón de seda que hizo sonar una campanilla lejana, cuyo sonido llegó apenas al gabinete en que se encontraban los dos nuevos amigos.

Inmediatamente apareció en la puerta uno de los dos criados que vimos al pasar por el recibimiento, al que se dirigió Javier, diciendo:

— Cuando ustedes quieran, almorzaremos..... estamos á sus órdenes.

Á Miguel le pareció de muy buen gusto esta manera jovial de pedir el almuerzo, y reuniendo las sucesivas impresiones que había recibido en el breve espacio de diez minutos, no pudo ménos de exclamar para sus adentros:

— ¡Ah!..... este hombre sabe ser rico.

— Entre tanto, dijo el hermano de la Marquesa, voy á enseñarle á V. mi sala de armas.

— ¿Es V. aficionado á la esgrima? preguntó Miguel.

— Un poco, más por ejercicio que por precaucion: á pesar de que en este mundo nadie está libre de un lance, y en tal caso siempre es bueno saber siquiera caer en guardia.

— Es un noble ejercicio, añadió el secretario, que siempre le está bien á un caballero, y nunca está de más saber defenderse.

— ¿Usted tirará algo?.....

— Phs..... poca cosa..... En mis años de estudiante recibí algunas lecciones. Recuerdo que muchas veces en casa de mi maestro tiraba en un rincon los libros de Derecho para empuñar la espada de combate, dejando la fuerza del derecho por el derecho de la fuerza; pero nunca pasé de los rudimentos.

— Pues verá V. mi sala de armas. Echaré delante, porque V. no conoce todavía la casa..... irémos por aquí, que es el camino más corto.

Miguel siguió á Javier, que atravesó su perfumado dormitorio, rico en todos sus detalles, dejando á la izquierda un elegante cuarto de vestirse, y saliendo á un pequeño gabinete que presentaba dos puertas, una que daba al cuarto del baño, y otra á una galería de cristales.

Al extremo de esta galería, adornada con cuadros, la mayor parte de ellos copias medianas de los mejores lienzos del Museo de Pinturas, se encontraba una especie de antesala, con cuatro puertas simétricamente colocadas: la de la galería, otra enfrente que daba á la biblioteca, otra á la izquierda, que servía de entrada al billar, y la cuarta, á la derecha, que conducía á la sala de armas.

Por esta última puerta entraron los dos amigos.

El salon, perfectamente entarimado, descubria inmediatamente el objeto á que se destinaba: era, en efecto, una sala de armas, en la cual no faltaba requisito.

Javier descolgó dos espadas y dos caretas, diciendo:

— Éstas son mis espadas predilectas.

Y presentó una á Miguel, que la cogió por la empuñadura.

—En efecto, añadió Miguel blandiéndola, están bien montadas y debe tirarse con ellas muy cómodamente.

—Vamos á ver si el estudiante se acuerda de las lecciones sobre el derecho de la fuerza..... Aquí tiene V. la careta.

—Yo, dijo Miguel, de seguro no sé ya ni ponerme en guardia; nada se olvida tan pronto como la esgrima, y hace ya mucho tiempo que no he cogido una espada.

—En efecto, se olvida pronto, pero tambien se recuerda fácilmente. Y ya una vez aquí, ¿qué hemos de hacer miéntras no vengan á decirnos que el almuerzo nos espera..... cuando en verdad somos nosotros los que esperamos el almuerzo?

Y con una sonrisa excesivamente fina añadió:

—Ya hemos cruzado nuestras manos; crucemos ahora nuestras espadas, y despues almorzaremos con más apetito, si es que no han dispuesto dejarnos en ayunas.

Esto lo dijo quitándose la levita, y que-

dándose, por consiguiente, en mangas de camisa.

Convencido Miguel por estas razones, y deseoso al mismo tiempo de lucir su destreza en el manejo de las armas, fué á hacer lo mismo; pero se detuvo de repente confuso, aturdido, turbado. Acababa de pasar por su cabeza un temor repentino, una duda espantosa.

Sabía que su camisa estaba limpia, tenía seguridad de ello; pero ignoraba si algun remiendo escandaloso ó algun zurcido indiscreto, ó ambas cosas á la vez, vendrian á denunciar en aquel momento su pobreza íntima, la más lamentable de las pobreza, y tal vez la más ridícula.

Una camisa remendada ó zurcida se puede llevar; pero no se debe descubrir si va oculta debajo de una levita, aunque esta levita sea de paño de Alcoy, y lleve, en vez de forro de seda, forro de lana.

Coloquémonos en la situacion en que se encontraba nuestro héroe, y no habrá uno de nosotros que, en igualdad de circunstancias, se resuelva á descubrir el remiendo ocul-

to, porque hay una vanidad más fuerte que el resto de las vanidades humanas, que es la vanidad de la camisa; y es que nada hace tan pobre al pobre como la camisa rota, zurcida ó remendada: la última expresion de la miseria es ésta:

«No tengo camisa.»

Todo esto pasó por su cabeza como un torbellino, buscó una excusa que lo librara de tan terrible prueba, y no encontró ninguna que pudiera sacarlo del mal paso en que se veía, y allá, en su interior, en lo más hondo de su pensamiento, maldijo las manos de la señora Gertrúdis, capaces de hacer un zurcido en el filo de una espada, y de plantar un remiendo en una pared maestra, y sin vacilar un momento reconoció la urgente necesidad en que se hallaba de mandarse hacer, ó comprar hechas, que era más breve, siquiera media docena de camisas, y se prometió asimismo no acostarse aquella noche sin haberla comprado.

Javier esperaba con su careta puesta, con el pié derecho echado adelante, y descansando en el suelo el boton de su espada.

No habia remedio, era preciso quedarse en mangas de camisa, y con la resolucion desesperada de un hombre que se decide al fin á tirarse de cabeza en un pozo, se quitó su levita, lanzándola sobre el divan corrido que daba vuelta al rededor de las paredes de la sala. Cubrió su rostro con la careta y se puso en guardia.

Al mismo tiempo que las espadas se cruzaron vió con verdadero terror sobre su hombro derecho el cuadro espantoso de un remiendo que se destacaba con esa insolencia impertinente con que se destaca la tela nueva sobre la tela vieja.

Lo vió é inmediatamente alzó el puño con que tenía asida la espada, inclinándolo á la derecha, porque más bien que cubrirse el pecho, queria cubrirse el remiendo.

— Está V. descubierto, dijo Javier, marcando una *contra*.

— No importa, es mi guardia, contestó Miguel parando la estocada con firmeza.

— Es una guardia nueva, enteramente nueva, replicó el hermano de la Marquesa.

— Muy nueva, repitió el secretario.

—Y peligrosa, añadió Javier, tendiéndose con una estocada repentina, que Miguel paró, devolviéndola casi al mismo tiempo que la recibía.

—¡Bravo!..... exclamó el primero, marcando con la mano izquierda en su elegante chaleco el punto donde había tocado el boton de la espada que Miguel esgrimía..... es usted un rayo para contestar.

—Pues V. ataca admirablemente; he sentido su boton escurrirse por mi hombro.

—Hubiera sido un rasguño y nada más, mientras V. me habría atravesado de parte á parte.

Siguieron tirando en silencio con vária fortuna. Miguel se defendía y Javier atacaba. El remiendo de la camisa violentaba la guardia del primero, dando ventaja al segundo. Al fin Javier puso el boton de la espada en el pecho de su adversario, desarmándolo.

—Muy bien, dijo éste, cogiendo su espada; es un golpe maestro.

—Es mi estocada favorita, y he tenido que apelar á ella, porque V. se defiende muy bien, á pesar de esa guardia inconcebible.

—Es un vicio que no he podido corregir. Se preparaban para un nuevo asalto cuando vinieron á decirles que estaba servido el almuerzo.

—¡Gracias á Dios! exclamó Javier, dejando su espada, y quitándose la careta, mientras Miguel dió media vuelta, presentándole al criado el hombro izquierdo para que no viera el remiendo del hombro derecho, y soltando la espada, se puso apresuradamente la levita ántes de quitarse la careta, y sin duda se le olvidó que la tenía puesta, pues Javier tuvo que decirle:

—Para un asalto en una sala de armas, estas caretas son excelentes; mas para almorzar han de ser algo incómodas.

—Cierto; mas habrá V. observado en el mundo que se come más y mejor con careta que sin ella.

—Conozco yo gentes, añadió Javier, que si descubrieran el rostro se morirían de hambre.....

Miguel arrojó léjos de sí la careta que tenía puesta, y adelantándose, presentó al opulento dueño de la casa su franca y noble

fisonomía. Éste le echó el brazo por el cuello, diciéndole:

—Tiramos lo mismo.... Creo que podríamos batirnos formalmente tres horas seguidas como dos héroes, y almorzar despues juntos sin un rasguño siquiera..... Sin embargo, añadió rascándose la frente, la primera vez me hubiera V. muerto..... Ahora ya conozco el estilo y sabria defenderme.

—Me gustan las armas, dijo Miguel..... La espada sienta muy bien en la mano de un caballero, mas el duelo me repugna, y si alguna vez tuviera necesidad de admitir un lance, ó provocarlo, ó no volveria vivo, ó volveria solo.

Al oir estas palabras, Javier, que iba delante, hizo un gesto torciendo la boca, con el que probablemente querria decir: «Más vale para amigo que para adversario.....»

Entraron en el comedor y se sentaron á la mesa; dos magníficas chimeneas de mármol negro, atestadas de leña, templaban el ambiente con sus inquietas llamas: cuatro criados servian, dos los vinos y dos los platos.

La conversacion en la mesa marcha en ra-

zon inversa de la conversacion en un viaje: en el primer caso se va animando poco á poco; en el segundo caso poco á poco se va apagando.

Al reunirse unos cuantos viajeros en un coche, cada uno dice su cosa; estas cosas se cruzan, se enredan y resultan hablando todos..... luégo calla uno, despues otro, el tercero se duerme, el cuarto bosteza, y últimamente uno solo se queda con la palabra en la boca, porque nadie lo escucha.

Al empezarse una comida sucede todo lo contrario..... habla uno, despues habla otro, luégo toma parte en la conversacion el tercero, y ántes de llegar á los postres hablan todos.

El almuerzo empezó así, silencioso, cruzándose preguntas breves y respuestas concisas, simples exclamaciones y rápidos monosílabos.

—¿Va V. al Casino.....? preguntó Javier.

—No, contestó su secretario.

—Es un recurso.

—¿Usted va?

—Sí.